

I. B. 1- SOLO EN CRISTO PODEMOS DAR GLORIA AL PADRE

(Padre Fundador - Ejercicios Espirituales 1967 - Día 1º)

El alma oblata ha sido creada “para procurar la gloria del Padre, por Cristo, con Cristo y en Cristo”. Ahí nos paramos ahora.

He aquí, Hijos míos, todo un profundo misterio. El alma Oblata –**como todo ser en la Creación**– ha sido creada para procurar la gloria del Padre. Pero “por Cristo, en Cristo y con Cristo”. El Padre tiene centrado todo en su Hijo; y en la visión de su Hijo, en el amor de su Hijo, el Padre nos ve, nos crea, nos ama, nos predestina. *Per quem omnia facta sunt*: “Por quien fueron hechas todas las cosas”. Y, entre todas esas cosas, estamos nosotros: en el mismo latido de amor del Corazón del Padre sumergidos, como perdidos en el inmenso océano de ese amor de Dios Padre a su Hijo, ahí estamos nosotros.

Y estamos “para gloria del Padre”. Porque, precisamente, quien ha dado al Padre la máxima gloria, la que Él merece, infinita gloria, es sólo el Hijo. Por eso, nada ni nadie puede dar gloria al Padre cumplida, cabal, perfecta, sino por el Hijo, con el Hijo y en el Hijo.

El Padre nos ve en su Hijo Divino. Desde ese Hijo Divino, la Creación entera y nosotros formando parte de ella, damos al Padre la máxima gloria. Estos pensamientos no son tanto para discurrir, cuanto para contemplar y para sentir, o mejor –rechazando esta palabra “sentimiento”, ante el temor de confundirla con el “sentimentalismo” o con una impresión que no es siempre necesaria ni tal vez conveniente–, *para vivirlos*. Contemplarlos, para luego **vivirlos**.

Es san Pablo quien lo dice maravillosamente, con una de sus frases, para mí, de las más bellas que han salido de su pluma, entre las que se refieren al Misterio de Dios relacionado con nosotros, desde la eternidad, en el momento presente y para toda la eternidad: **“NOS HA ELEGIDO EN CRISTO”**. Es la mirada creadora del Padre, fija en su Hijo muy amado, en el que nos ve y nos escoge y nos da existencia: nos crea.

“Nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo”. Es una forma de expresar verdades inefables. Es decir que nos ha elegido, pero no desde un momento, en el tiempo, sino “desde toda la eternidad”. En Dios, infinito y eterno, la creación del mundo no arranca de un punto determinado y desde él se comienza a medir el tiempo. Dios, repito, es eterno, y todo en Él es *“ab aeterno”*. Es para nosotros para quienes ha creado un tiempo, nos ha dado un principio en el cual tenemos principio: el principio de nuestra vida. Por tanto, para nuestra mejor comprensión, san Pablo apela a la expresión: *“Antes de la creación del mundo”*, es decir, antes de que hubiera tiempo y, por tanto, cronología; porque, después de la creación de este mundo, ya todo es temporal, se mueve en una temporalidad: todo ha tenido un principio y todo tendrá un fin.

Pues bien: en esa eternidad, cuando el Espíritu de Dios se cernía sobre el caos, cuando Dios subsistía en su inmensa soledad, ya estaba eligiéndonos en su Hijo.

Eligiéndonos “para que seamos santos”. Esta es la mente de Dios, la finalidad –hablemos así– de Dios al crearnos. Quien todo lo hace perfecto, porque es la suma perfección, quiere también en nosotros hacer una obra perfecta, y la perfección auténtica es, tratándose de seres humanos, racionales, **la santidad**.

Dios quiere que seamos santos, esto es, hacer en nosotros una obra positiva, rechazando lo negativo, que es todo aquello que destruye o afea la santidad.

“Santos e inmaculados en su presencia”, ante sus ojos divinos. Y añade, recalcando, el Apóstol: *“EN EL AMOR”*. ¡Ah! Entonces, podemos ya decir que el origen, el móvil de esta elección eterna ha sido EL AMOR. “Nos ha elegido en el Amor”, podemos decir sintetizando el párrafo de san Pablo. No puede ser de otra forma, puesto que, si hemos sido creados y elegidos en el Hijo, el Hijo es “el Amado”.

Pero, hay más todavía. “Elijiéndonos de antemano para ser *sus hijos*”. Es lógico; si nos ha elegido en Él, Él es HIJO: Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Y nosotros, elegidos en Él, lo somos para ser *hijos* adoptivos por medio del Hijo Unigénito, consustancial con el Padre, que es el que, ya hecho Hombre, ya “Jesucristo”, nos va a alcanzar la gracia de esa divina filiación.

De esta manera, cumplido *“el beneplácito de la voluntad del Padre”,* queda manifiesta la razón de todo: *“Para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado”*. “De su gracia”, en el sentido de que es don gratuito; pero, también, en el de ser la *gran gracia*, la gracia por antonomasia, la gracia de ser hijos de Dios.

Esta gracia se realiza en nosotros de modo ontológico, como ser, en el Bautismo: sacramento que, por ser el que nos da la gracia de Cristo, nos hace hijos de Dios “por Cristo, con Cristo y en Cristo”.

«El Padre nos ha elegido en Cristo, antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, por el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos (adoptivos), por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado» (Ef 1, 4-6).

Como mi fin, Hijos míos, no es tanto el cargaros de ideas, pensamientos, frases, cuanto mostraros una doctrina y dejaros a vosotros beber de las fuentes limpias, cristalinas, de la Verdad, de la Palabra Divina, expuesta esta, prefiero que la saboreéis a solas, y que, en silencio, asimiléis estas verdades. Podríamos haber expuesto el tema de otra manera. Pero prefiero arrancar de la profundidad de una eternidad, de un latido del Corazón del Padre, que lo centra todo **en su Hijo muy amado, en quien está la explicación de nuestra existencia.**

Pero, además de dársenos la visión del plan divino desde toda la eternidad, antes de la creación del mundo, según el beneplácito de su divina, paternal voluntad, en orden a hacernos hijos adoptivos por Jesucristo, su Hijo eterno, y ante su presencia; además de esta contemplación, vemos que, precisamente por todo ello, nos ha dado Dios poder aparecer *“santos e inmaculados”,* y que toda nuestra existencia sea un *“canto de alabanza a la gloria de su gracia”*. Y todo, por una elección graciosa en su Amado, en el que nos ve, en quien nos ama, en el que nos predestina, porque el Padre lo ha hecho todo mirando a su Hijo: *“por quien todas las cosas han sido creadas”*.

Si queréis, ahora, para terminar en sencillo epílogo, podemos traducir las palabras de san Pablo, poniendo en las expresiones personales el nombre de “oblata”, con lo que diremos así:

–El Padre ha elegido al alma oblata, en Cristo, antes de la creación del mundo, para que sea santa e inmaculada en su presencia, por el amor, eligiéndola de antemano para ser su hija adoptiva por medio de Jesucristo, “según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que la agració en el Amado”.

Venerable padre José María García Lahiguera